



LA MEMORIA DEL GORRIÓN

Carmen Sanz Lastra

LA MEMORIA DEL GORRIÓN



Primera edición: enero de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carmen Sanz Lastra

ISBN: 978-84-19151-20-9

ISBN digital: 978-84-19151-21-6

Depósito legal: M-1871-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi compañero de vida y nuestros hijos, su paciencia
dejando espacio a mis silencios creativos y su benévola lectura.*

*A Sofía Serra, la increíble vecina que sembró la idea.
A todos los buscadores de la verdad histórica de los que se
ha nutrido mi mente para fabular.*

El reposo obligado

Barcelona, 17 de octubre de 1998

Ayer cumplí treinta y cinco años. Manuel me ha regalado esta preciosa libreta forrada con un brocado de seda de color azul Klein y dorado. Es tan bonita que me está costando mancharla con mi ilegible letra de médico frustrado, acentuado por el uso del fantástico boli de colorines que me ha regalado Arnau, nuestro hijo de seis añitos, con las que supongo que quieren que ocupe mi tiempo en estos próximos días de calma forzada. Se han puesto de acuerdo en la distancia, qué pillos.

Estoy embarazada de veintiocho semanas de nuestra próxima hija. No he querido saber su sexo porque sé desde el primer día que será una niña.

Se llamará Clara, como la antigua arrendataria del piso cuyo benévolo fantasma tanto nos hizo reír los primeros meses después del traslado.

El estrés del último mes casi puede con mi pequeña y conmigo; hemos tenido una amenaza de parto prematuro... Pero tenemos muchas ganas de vivir y aguantaremos lo más posible. Somos chicas valientes. Así que aquí estamos, en estos días cada vez más cortos de otoño.

Supongo que tendría que haberme curtido. Estar casada con un corresponsal de guerra es lo que es. Manuel está en Kosovo como hace pocos años estuvo en Bosnia; de hecho, su conocimiento de los idiomas de la zona, aunque básicamente se conduce en shtokavian, una lengua común que antes de la división utilizaban para entenderse entre todos, le hace ser elegido por la agencia para las noticias de la zona. Parece, por desgracia, que su trabajo no tiene paro.

En el último mes la situación se había recrudecido. Las noticias llegan sesgadas, pero parece que sí, que Milosevic llegó a un acuerdo el día 13 y no habrá

ataque aéreo de la OTAN. No sé lo que durará esta calma, me temo que poco.

Así que nos toca reposar...

Xavier se ha hecho cargo de mis pacientes, de entrada, trabajamos de modo tan parecido que no creo que me echen en falta. No te he comentado, hermosa libreta, que me dedico a acompañar a otras personas desde la psicología clínica.

Mientras escucho una y otra vez el *Stabat Mater* de Palestrina, como no sé tejer, mi Penélope interior se refugia en la lectura. He elegido releer *La casa de los espíritus*, esperando que mi Clara también tenga esa mágica clarividencia.

A este ritmo necesitaré abastecerme. La próxima semana, cuando vaya a la visita, aprovecharé para ir a la librería Bosch a calmar mi ansia de papel impreso. Arnau también promete como lector, así que será de nuevo una de nuestras actividades. Suerte que además de hermoso e inteligente es fuerte.

19 de octubre

Qué raro es esto... Llevo un rato mirándote y no sé qué decir...

Ni tan solo tengo noticias de Manuel. Arnau ha ido al cole. El día en casa es muy largo.

Suena el interfono. Debe de ser Ángela que trae a Arnau con Marina, su hija, desde el cole. Me avisa así de que lo ha dejado en la escalera. Te dejo. Seguro que nos vemos mañana de nuevo.

22 de octubre

Ha llegado una carta de la administración de fincas. Me la ha traído la portera, junto con el resto de la correspondencia. Ahora soy yo la que tiene que fomentar la *chafardería* que tanto me molestaba antes. Lo cierto es que me está ayudando todo lo que está en sus manos.

Antes de que la pueda abrir, ya me cuenta ella su contenido. Se jubilan. Lleva toda su vida en la portería. Me dice que nació en ella, su madre ya era la portera desde que a finales del 37 llegó de su pueblecito, una aldea de León.

Lamento no haberle preguntado por la historia de este edificio... Igual estoy a tiempo todavía. Queda poco más de un mes.

A partir de ese momento, los administradores han decidido que no contratarán más porteros, la limpieza la hará una empresa y, al parecer, su microvivienda de la azotea será alquilada.

Tiene los ojos llorosos... Nunca los había mirado de cerca, son de un azul desvaído; es curioso, parecían negros por la falta de iluminación de su espacio. Me culpo de haberla vivido como un accesorio de la vivienda...

Con la excusa de mi inmovilidad forzada, la he convidado a tomar un café una tarde. Creo que hablaré con Sofía, mi maravillosa vecina de abajo. No es que se caigan muy bien, pero igual tendríamos que regalarle algo como despedida.

23 de octubre

Ha subido Sofía. He aprovechado para tener compañía esta mañana con el adiós a la portera.

¡Qué mujer tan increíble! ¡Me ha contado tantas cosas! Alguien tendría que escribir su historia. ¡Uf! Al final hemos comido, merendado... y porque Arnau cena prontito, que si no...

Es tarde y estoy fatigada. Mañana te cuento.

26 de octubre

Ayer vino mi madre a ayudarme. La hija de su amiga Flor es paciente y, claro, cuando Anna, nuestra maravillosa *secre*, la llamó para comentarle el cambio de cita y de terapeuta... pim, pam.

Mi madre es la persona más energética del mundo mundial. En la mañana limpió toda la casa, puso dos lavadoras (no recuerdo tanta ropa sucia...), planchó unas camisetas, hizo comida para tres días, fue a comprar y le sobró tiempo para ver y hacerme ver *El juego del euromillón*.

Arnau está supermimoso. Eso en él, que es callado y voluntarioso, más dado a cuidar que a ser cuidado, es muy tierno.

Manuel llamó por la tarde. Está bien. Posiblemente vuelva en unos días, pero no me quiso definir fecha. Te echo de menos, amor.

29 de octubre

Hemos ido a la clínica. Mi padre nos ha llevado a mi madre, Arnau, a mí y a la bichita que habita en mi barriga. Mi ginecólogo dice que seguimos igual, 2 cm de dilatación, pero aguantando. Seguiremos reposando... Al volver hemos bajado en ronda Universidad y pasado por la librería. Arnau ha elegido: *El zorro*

d'en Pitus; ya sé que es serie roja, pero es un buen lector, es un buen libro y el resumen de la contraportada le ha convencido. Adoro a mi pequeño hombrecito al que le gustan los libros. Con este ejemplo, no he podido evitar comprar unos libros de espuma forrada de plástico para Clara, así podrá leer durante el baño. Manuel se reirá de mí y con razón. Para mí he elegido un par de libros de novela negra, quizás porque es el tipo de lectura que elijo en vacaciones y quiero creer que esta inmovilidad forzada son unas largas vacaciones.

Me he puesto a escribir porque no cogía el sueño. Mira que estoy rara. Hoy, que me he movido, parecía no llegar ese sueño de agotada de los últimos dos meses. Y ahora, de repente, estoy que me caigo. *Bona nit!*

30 de octubre

Quería que lo supieras, ¡Manuel llega mañana!

7 de noviembre

Hola de nuevo. Estos días con Manuel en Barcelona han sido deliciosos. Mimos, paseos cortos al sol de mediodía, hasta el clima nos ha sido benéfico. Pero ha vuelto a marchar... Por suerte a Londres, donde se está tirando adelante la posibilidad de juzgar a un viejo dictador asesino. Así puede venir rápidamente si nuestra Clara vuelve a tener prisa. Además, podremos hablar cada día por teléfono.

Me ha dado la idea de aprovecharme para vaciarme de viejos fantasmas entre tus hojas. Me parece bien. Es como si me hiciera terapia a mí misma, me sentaré en la *chaise longue* e intentaré escribir con los ojos cerrados, ja, ja, ja. Es broma, cariño, seguro que me irá bien. Así no te echaré de menos... Uf, qué liosa me vuelvo cuando me siento triste... Mañana empiezo.

Pasado y presente

8 de noviembre

Hoy cambio de formato. Empezaré a contar mi historia, como un relato corto, que aún soy muy joven.

Sé por experiencia terapéutica que abrir la caja donde tenemos nuestros fantasmas puede ser una catarsis, de resultados inciertos... Espero gestionarlo bien.

NINA

Una extraña sensación de urgencia me traspasa. Veo mis pies enfundados en unos zapatos brillantes y miro un reloj que desde una torre me dice que es casi la una y cuarenta. Parece que todo es silencio, un extraño silencio irreal, que ni los pájaros se atreven a romper, entre los aullidos de las sirenas.

Cruzo la calle en diagonal, tengo prisa... Pasa el *tramvia* lleno de gente. Algunas personas corren cogidas de las manos, otras parecen no querer sentir esa urgencia... Una muchacha coge agua en la fuente que hay en el otro lado de la avenida; a su lado, una niña abraza a un conejo de trapo.

Se sienten unos gritos desde algún punto cercano. Oímos los silbidos antes de verlos en el cielo. Vuelven a la carga... Un gran golpe de aire muy caliente y polvo me sacuden. Un muñeco de trapo vuela y cae a mis pies, uno de ellos sangra, ha perdido su zapato... y su vida.

Esas imágenes son mis primeros recuerdos. Seguramente serían tremendos y previsibles si los hubiera vivido, pero yo era una niña de cuatro años de la Barcelona de 1968 a la que habían llevado a ver una hoguera de San Juan.

En los siguientes años de mi infancia, mientras crecía feliz en una familia que me adoraba, volví a revivir estas extrañas imágenes que me turbaban por incomprensibles. Cada vez que aparecían me dejaban sumida en una extraña fiebre que los médicos combatían con penicilina una y otra vez, de modo que decidieron que tenía una frágil naturaleza que llevó a mi madre a dedicarse casi por completo a vigilar mis ausencias.

Los recuerdos aparecían en momentos aleatorios, aunque con el tiempo me di cuenta de que llegaban sobre todo en tres circunstancias: cuando un suceso con fuego o fuerte ruido me perturbaba, cuando me hacían besar los pies de un Cristo crucificado, cosa frecuente por acostumbrada en mi familia materna, y cuando, estando yo muy cansada, mi madre me cepillaba el cabello con insistencia para conseguir domarme el pelo y la paciencia. Aprendí pronto que de nada servía explicar esas visiones, que ni yo entendía y que parecían disgustarlos a todos.

Así que creé mis propias estrategias, si algo me desconcertaba, me asustaba el fuego, o el ruido de los petardos, escapaba a refugiarme entre las piernas de mi padre y mi abuelo, que eran lo más sólido de mi realidad infantil. Mis llantos y desmayos sirvieron para evitarme el besapiés y, a fuerza de insistir, conseguí que me cortaran el pelo como un chico después de la comunión.

11 de noviembre

Al final le hemos comprado un juego de café y una planta a la portera; por cierto, se llama Obdulia, aunque siempre la oí llamar la *Duli*. Sofía se encargó, nada que objetar. Café y té que hice yo y un bizcocho con manzana que hizo Sofía como colofón de una hora escasa de tensa amabilidad. Marchan el día 14. La gran idea de Sofía ha sido pensar que en el espacio de la portería podría dejar el cochecito de mi niña y así no tener que subirlo por las escaleras. Juraría que Duli ha puesto cara de horror... Igual solo son imaginaciones mías, o igual es un tema de defensa de territorio... En fin, la idea es genial. Mañana llamaré a las fincas y les pregunto. Jaume, el *xicot* con el que siempre hablo, es muy majo y no creo que ponga problemas.

12 de noviembre

Ningún problema. Jaume me ha dicho que cuando marche Duli me dé una llave de la portería, junto con la del terrado. La contraparte es que ahora seremos nosotros los encargados de abrir el *terrat* cuando sea necesario. Los administradores tendrán el otro juego para evitar líos.

Cuando se lo he contado a Manuel le ha encantado. No solo nos ahorramos subir el cochecito, sino que podremos disponer del terrado como zona de juego, con el beneplácito de nuestros vecinos de al lado, que tienen un hijo de tres años, Guillem.

Mientras no reformen y alquilen el antiguo pisito de los porteros, todos tendremos por un tiempo una terraza de más de 200 m en el centro de Barcelona. Genial, genial, ¡genial!

NINA

Mi primera infancia pasó en casa de mis abuelos maternos en una ciudad de la costa catalana. De familia rancieramente católica, mi abuelo, militar retirado, combatiente y falangista, como toda su familia, tenía un cargo en la Renfe. Esto nos permitía vivir con cierta tranquilidad en aquella España del llamado desarrollismo franquista. Tengo pocos recuerdos de aquellos primeros cinco años, fui una criatura sobreprotegida por una legión de adultos, a la que no se permitía jugar en la calle y que, a fuerza de pasar muchas horas con libros, aprendió a leer con cuatro años y que tenía un amigo imaginario llamado Cucurucho.

Mi madre, desoyendo los consejos familiares, se había casado con el hijo de un rojo y eso la llevó a tener que asumir un papel dependiente, a su pesar, del favor familiar. Con el tiempo mi padre empezó a trabajar como funcionario público de bajo grado en el ayuntamiento y nos «consiguieron» un piso del Ministerio de Vivienda, como un apaño para situar mínimamente a la niña.

De pronto teníamos espacio propio y mi madre me llevaba cada día al parque, donde se empezó a manifestar mi gusto por los deportes y los juegos «movidos», cosa que le generaba un conflicto tremendo, ya que salía de casa con una muñequita llena de volantes y lazos y volvía con un amasijo de barro, costras y pelos revueltos, pero como me habían catalogado de naturaleza débil, era de obligado cumplimiento que «tomara el aire» cada día.

Con cinco años tenía que comenzar mi educación y el elegido fue un colegio de monjas en el centro, al que iba mi tía Azucena. Esto implicaba coger la TUSA cuatro veces cada día, pero así mis amigas serían niñas de buena y probada fe.

Y así fue como la duplicidad de mi alma se iba gestando... entre misas, cantos y rosarios con mis compañeras y carreras, juegos y peleas con los muchachos de mi barrio. Aunque nunca tuve problemas de identidad, envidiaba a los niños... Todo lo que me gustaba me era inmediatamente prohibido por ser niña.

13 de noviembre

Con todo esto, me ha picado la curiosidad sobre el edificio. Hace un par de años que nos vinimos aquí a vivir. En el centro, en la frontera de la Barcelona popular y multicultural del Raval y el Eixample de las familias *benestants* venidas a menos. Es un edificio típico de los construidos a principios del siglo XX, con dos viviendas por planta, de los considerados de tamaño medio; o sea, de unos 18 m de fachada y unos 17 m de fondo, algo menos de profundidad de lo habitual, ya que nuestra manzana es triangular al coincidir con el final de ronda Universitat con *plaça Universitat*. Cada piso tiene unos 120 m² útiles. Los techos son altos, de más de tres metros.

Lo más singular del edificio es, precisamente, la portería, que es como un quiosco de madera con un techo piramidal de cierto aspecto chinesco, acabado en una bola de madera de unos 40 cm de diámetro. Fue construido en el año 1898, justo hace cien años.

Me encantan las baldosas hidráulicas, las enormes puertas de doble hoja (las que dan a los balcones tienen contraventanas de madera a modo de persiana), los altos techos con molduras, pero sin rosetones, ya que la «nobleza» de los pisos se iba perdiendo según se ascendía y el nuestro es el último.

Apenas conocemos a nuestros vecinos, si bien todos somos muy correctos y educados. Sé que tenemos una escuela de enfermería; un sastre, que aunque ya jubilado, sigue haciendo trajes para algunos de sus clientes de toda la vida; una señora muy mayor que apenas sale y que tiene un hijo médico muy reconocido que vive en Estados Unidos; un pintor con tirada entre la burguesía por sus

retratos hábilmente favorecedores de aquellos que le pueden pagar; un funcionario separado que heredó el alquiler de sus padres; Sofía, que hasta hace unos años vivía cuidando de su padre y que ahora tiene muchachos de su pueblo que vienen a estudiar a Barcelona en las habitaciones vacías para poder tirar adelante con su mínima pensión de viuda...

En el último piso estamos los recientes, una pareja de maestros con su hijo Guillem, que llegaron dos meses después de que aterrizáramos aquí y nosotros 3 y 3/4.

NINA

Las cosas parecían calmadas. Los años pasaban tremendamente lentos... Si algo me definía en esa época, era querer crecer. Pero de vez en cuando un hecho fortuito o la aparición de alguna persona en mi vida parecían disparar la caja de Pandora de mi cabeza. El estupor que me generaba se iba convirtiendo lentamente en estado de alerta. Descubrí muy niña el beneficio de tener la cabeza ocupada, con tres años me hacía leer los cuentos hasta saberlos de memoria, leía fluidamente con cuatro y a los cinco años las matemáticas llegaron a mi vida. A los seis me compraron una pizarra porque cuando aparecían mis miedos una división de muchas cifras era un bálsamo, ellas nunca fallaban. En casa de mis abuelos utilizaban rollos de papel de embalar para plantearme problemas interminables. Cada nuevo descubrimiento lógico me parecía natural y tranquilizante.

Recuerdo en especial un hecho. Debía de tener entre seis y siete años. Durante una salida de la clase a otro colegio de la congregación en no sé qué pequeña ciudad cercana. Habíamos comido y estábamos con las niñas de aquel colegio. Era un patio nuevo con edificios de viviendas altos en dos de sus laterales. Estábamos sentadas en el campo de básquet mirando una pequeña representación cuando sonó una explosión. Más tarde sabríamos que fue una pequeña fuga de gas. Saltaron cascotes, un árbol empezó a arder... Todo era ruido, pero estaba en mi cabeza... porque no podía oír... En el edificio había un boquete desde el que se podía ver un sillón de color verde. No recuerdo más. Sé que nos evacuaron sin problemas, por suerte no pasó nada más, pero yo pasé una semana en ausencia, en un duermevela

insomne. No quería cerrar los ojos. Cuando lo hacía solo oía explosiones y veía sangre.

14 de noviembre

Ayer marcharon los porteros, vuelven a su pueblo. Al entregarme las llaves, la portera me ha parecido contrariada, me las ha dado asociadas a una mirada afilada que me ha producido escalofríos... Llaves en mano, Arnau y yo hemos bajado a mirar posibilidades. Realmente el espacio es pequeño. Hay un armario donde están los contadores del gas y una mesa con dos sillas. Preguntaré si las puedo tirar. En la parte interior hay otra pequeña habitación con una pequeña cocina, un pequeño fregadero, un par de pequeños armarios bajos, una estantería alta con algún cachivache inservible... Arnau me dice que hemos viajado a Liliput. Hay también una estantería de pared donde quedan revistas de peluquería, como yo las llamo, y un jarrón horrible con flores de plástico que no me extraña que hayan «olvidado». Con un buen trabajo de lija y una mano de pintura podría servir para la habitación de Arnau. La hemos intentado mover sin éxito, está anclada a la pared.

¡Hala! A preguntar y, si no hay problemas, a vaciar lo más posible. Con todo limpio, me salva media vida poder dejar el cochecito abajo con cierta seguridad.

NINA

Si tuviera que clasificar mis recuerdos de niñez, tendría que escribir dos historias paralelas, la de la niña feliz y la de los fantasmas que poblaban mis sueños... A veces esas dos historias se cruzaban.

El hermano de mi abuela y primo de mi abuelo era el gran personaje familiar. Militar de rango, amigo de los oligarcas, con responsabilidades en gobernación civil y soltero recalcitrante, vivía con su otra hermana, que no pudo ni plantearse una vida, porque su destino era y fue cuidar de la casa familiar y de su hermano. Vivían en un pequeño pueblo castellano.

Tres veces al año venían a casa de mis abuelos: en verano, por Navidad y a primeros de marzo.

Yo esperaba siempre con ilusión su llegada. Ese tío que me traía regalos muy especiales. Mi favorito era un broche de oro que había mandado hacer con forma de flecha porque me encantaban las historias de indios (al menos eso me dijo), y que solo me lo dejaban poner cuando él estaba.

Toda la familia se alborotaba. Mi tía Azucena y yo teníamos permiso para no ir a clase. Mi abuelo y mi padre también gozaban de un permiso «especial». Nos llevaba a ver cosas tan dispares como el teatro o los toros, a comer al restaurante Las siete puertas y, válgame el símil, todas las puertas parecían abrirse para nosotros.

Había un día de mayor solemnidad que era, si no recuerdo mal, en marzo. Nos vestían de fiesta, los hombres de negro, las mujeres con mantilla, y oíamos una misa en la iglesia de Santa Anna en Barcelona. Recuerdo que año tras año veía las mismas caras. Curiosamente mi primer recuerdo de ello era un fresco de unos deportistas que tenía esa iglesia en la capilla de la *Moreneta*. Cada año corría a buscarlo como si su rareza me hiciera pensar que había sido fruto de mi imaginación.

15 de noviembre

¡Visita sorpresa de Manuel! Llegó anoche y marchará el martes por la noche, así que nos vemos en unos días y seguimos.

NINA

Hice la comunión a los siete años. Fue la gran fiesta familiar, a la que se invitó a parientes, vecinos, amigos...

Me vistieron de princesita, me regalaron un hermoso reloj, un tocadiscos portátil, un juego de la señorita Pepis, una colección de bolis, plumas y tazas de dudoso gusto, y ¡una libreta con candado! Me pareció lo más poder escribir mis cosas y que nadie más las pudiera leer. En ella escribí mi primera decepción.

Hacía poco un chico del barrio se había divertido contándonos a las niñas cómo se «hacían» los niños. No me quedó nada claro el mecanismo, ya que

desconocía la mayor parte de las palabras que utilizó, y dicho de aquella manera sonaba francamente asqueroso, pero sí me encantó entender por fin por qué había tantas mujeres a las que les crecía la barriga y de pronto tenían bebés, parecía fácil.

Como en catequesis nos dijeron que recibiríamos dentro el cuerpo de Jesús y para mí Jesús era la figura de bebé regordete y precioso que mis padres tenían en su tocador, la suma de los dos factores solo podía tener un final: al hacer la comunión, me quedaría embarazada y tendría un Jesusito en mi barriga.

18 de noviembre

Manuel marchó anoche en el último vuelo y nos dio tiempo para ir juntos a la visita al obstetra, qué *illu*. Había pedido una hora de visita algo tarde para que Arnau pudiera ver a su hermanita en la *eco*. Y allí estábamos los tres, llorando de emoción y alegría porque eso que aparece en la pantalla es un reflejo de nuestra pequeña. Mira que es difícil ver en ese aparato, casi es adivinar, inferir, imaginar..., pero qué mágico es.

Ya en la semana 32, aunque las contracciones van en aumento no son de parto ni mucho menos. Cada día que pasa la bichita es más grande: 42 cm y 1,800 kilillos aproximadamente. Seguimos con 2 cm de dilatación. Si aguantamos un mesecito más, será suficiente para no tener que pasar por la incubadora. Aguanta, preciosa, que ya llegamos.

Ah, me olvidaba, esta mañana Jaume ha dado vía libre para vaciar la portería. Llamé inmediatamente a la Fundació Engrunes y esta tarde han venido a recoger los muebles y enseres. Lo que más ha costado ha sido la dichosa estantería, estaba fijada a la pared como si de ella dependiera la estabilidad del edificio... Casi desisten de quitarla, pero mi carita de embarazada contrariada los ha convencido y se lo han currado. Con todo esto, se ha hecho ya tarde. Mañana bajaré a limpiar en plan Maruja.

NINA

Lo único que pasó es que, con los nervios, la larga ceremonia, los flases del fotógrafo, el olor de las velas encendidas... dieron conmigo en el suelo. Nada mágico, solo más de lo mismo.

Suerte que aguanté la mayor parte; de hecho, ya habíamos tomado la comunión cuando todo se volvió amarillo humo y no arruiné el estudiado teatro de la ceremonia de mis compañeras de clase.

Supongo que me retiraron con cuidado y discreción, ya sabían que estas cosas me pasaban, y todo debió de seguir con cierta normalidad.

Mientras, yo soñaba que una hermosa novia de cabellos claros, recogidos en un elaborado peinado a base de trenzas entrelazadas con flores blancas, caía al suelo mientras una flor roja crecía en su pecho.

19 de noviembre

He bajado poco antes de que llegara Arnau del cole. Hay grifo de agua y elementos varios de limpieza. Quizás podríamos haber dejado una silla... Realmente esta panchota me comienza a pesar.

Al limpiar el suelo, justo debajo de donde estaba la dichosa estantería, hemos encontrado algo que podría ser una trampilla. No hay manera de abrirla, tocando casi la pared tiene un agujero donde suponemos que hubo algún tipo de cerrojo o tirador... Arnau se ha emocionado y hemos empezado a fabular sobre tesoros y secretos. Ha sido muy divertido, hasta que he sentido una de mis ausencias... He visto armas y una cara que me resultaba conocida con unos ojos azules heladores y una gran cicatriz cruzando la mejilla izquierda. Me he despertado en el suelo con mi peque gritándome asustado. Al parecer solo ha sido un momento, pero supongo su angustia y lo lamento.

Es una curiosa sensación la que me invade cuando me pasa, hay un tiempo infinito concentrado en unos segundos y hay un espacio infinito sin tiempo dentro de él. Durante esos pocos segundos, siento una ingravidez elástica donde mi cuerpo no es y es otra persona a la vez, como en el estado de ensoñación que precede al despertar, multiplicado por mil. Odio que me pase y, sin embargo, la sensación es sumamente agradable, incluso cuando como hoy, mis visiones me aterran.

Hemos salido un momento fuera y el aire fresco de la tarde otoñal me ha devuelto a la realidad del todo.

NINA

A veces he pensado en la hermana Asunción. Creo que fui una pesadilla en su vida. La niña inteligente, dulce y encantadora, con un extraño fallo inclasificable, de la que había que estar pendiente. Cuando íbamos de retiro espiritual, que eran nuestras colonias religiosas, dormía en un plegatín, atravesada delante de la puerta, para evitar que mi sonambulismo me hiciera salir de la habitación y me pasara algo. Entiendo que la invadía una contradicción evidente, sin saber bien si era un angelito o un demonio. La recuerdo leyendo *El exorcista*, sentada en un banco del patio mientras me miraba de reojo. Quizás esto, más que un recuerdo, es una broma de mi memoria.

20 de noviembre

Hoy pensaba tomarme el día con calma y salir a pasear, pero han venido mis padres, y mamá ha realizado una supersesión de sábado, bata vieja, pañuelo en la cabeza y limpieza general. Me han traído caldito maravilloso y croquetas.

Mis padres... Qué más puedo pedir. Ya he comentado cuánto admiro a mi madre y su energía. Educada para madre y esposa, orgullosa de sus hijos, de su casa limpia y en perfecto orden, de su marido bien cuidado..., aún sacaba tiempo para hacerse y hacerme la ropa más elegante de nuestro barrio y salir siempre maravillosa, en una defensa clara de su decisión de elegir el amor de mi padre en vez de la comodidad. Este padre que desde que se jubiló ha emprendido una nueva vida de amo de casa en pequeñas dosis sucesivas y que hoy ha ido al súper para hacernos la compra. El hombre de la casa que quería sus zapatillas y la mesa puesta cuando llegaba del trabajo y que ahora prepara lo segundo, recoge la mesa y friega los platos sin perder en ningún momento su maravillosa sonrisa.

Como no me han dejado salir de la cama, he estado leyendo toda la mañana. Mientras comíamos hemos hablado del tío, y mi madre me ha ayudado a rellenar algunas lagunas que tenía sobre él. No le he dicho nada de que lo estoy escribiendo, estoy segura de que no le gustaría. Ya es bastante que su hija sea la

antítesis de lo que ella hubiera querido, solo faltaría que pensara que me voy a dedicar a esa oscura profesión de escritora.

Al parecer, aquellas visitas a la iglesia de Santa Anna eran el día 15 o 16 de marzo. En la Capella dels Perdons, hubo una piedra que procedía del Santo Sepulcro de Jerusalén y que, por gracia de ello, y de una bula papal, se concedía el perdón de los pecados a los asistentes a ella en ese día y en la madrugada del siguiente. En el 36, la iglesia fue quemada, la piedra santa desapareció y el conjunto escultórico que en ella había se tuvo que rehacer. Esto no impidió que ciertas personas vinculadas a la «orden» siguieran celebrando anualmente su misa-reunión privada. Creo que tengo que preguntar qué es esa «orden».

NINA

La educación religiosa, el oscurantismo frente a mis ausencias, la culpa. ¿Por qué la hermosa enseñanza de amor de Cristo ha cristalizado en una Iglesia que solo parece hablar de pecado y culpa...? Me sentí mala, me creí bruja, me culpé de unas visiones que solo podían ser fruto del demonio...

Yo quería ser buena. Me esforzaba por serlo. Durante años no merendé porque le daba mi merienda al *pidolaire* que vivía, según creía, en las escaleras de la iglesia, al lado del colegio; rezaba de rodillas a los angelitos y hacía sacrificios con la misma insistencia con que mis amigas se reían de ello.

Mi naturaleza de niña feliz se oscureció y me hice amiga de la soledad. Nadie me entendía. Mejor esconder mi mal. Me costaba dormir, perdí peso hasta parecer un pajarito desplumado y lo peor es que creía que eso era bueno, porque así purgaba ese pecado de ser rara, de ser mala.

Mi madre me llevó a un médico «de pago» que me recetó vitaminas, un jarabe para abrir el apetito y que hiciera deporte. Probamos el básquet, la natación y, felizmente, el ballet. La combinación de disciplina, música, ejercicio y memoria fueron una bendición y me dieron un recurso magnífico para sortear angustias.

22 de noviembre

Esta mañana Arnau y yo hemos ido a dar un paseo y claro no he podido evitar que mis pasos nos llevaran a la iglesia de Santa Anna. Hay un paso desde

plaça Catalunya, casi tocando Ramblas, en una zona de edificios de oficinas que lleva a una plaza pequeña al lado del claustro. Es como entrar en otro tiempo y lugar. Al ser domingo todo está bastante vacío, no hay oficinistas de semana ni compradores de provincias de sábado. En los últimos años empieza a ser ostensiblemente visible otra tribu, la de los turistas. Sé que no debo quejarme. Nos encanta viajar y conocer otros lugares, y por muy respetuosos que nos creamos, seguro que somos también unas moscas cojoneras para sus habitantes. Aun así, espero que esto no vaya a más. Por suerte aún quedan rincones como este, reservados para los conocedores del *Barri Gotic* y sus secretos.

A Arnau le encantan las historias de caballeros y cualquier cosa o casa que sea de piedra es un castillo en potencia. Así que hacerle entrar en una iglesia siempre es una aventura.

No puedo evitar mojar mi mano en el agua bendita y persignarme, debe estar impregnado en mi ADN. Hace muchos años que no he entrado en esta iglesia. Su distribución es extraña, la puerta de acceso es lateral al altar mayor y más cercana a este que al fondo de la iglesia, como suele ser habitual. Parece de estilo gótico, supongo que ampliación de una iglesia románica más pequeña.

Mis pasos me llevaron a través de la memoria y sin dudar al altar donde se celebraba aquel rito de mi infancia. Todo está cambiado. Hay un conjunto escultórico que casi lo llena todo, con un Cristo yacente rodeado de apóstoles y Vírgenes con unas expresiones bastante naif. No sé, es como el *Pantocrátor de Taiüll*, que con sus sencillas líneas tiene una dignidad tremenda, aquí me cuesta más encontrarla; pero cuanto más lo miro, más me gusta. Creo reconocer a la Virgen, María Magdalena y san Juan. Hay otras dos mujeres y dos caballeros.

Arnau descubrió una losa con una calavera y me ha preguntado que si había allí un pirata. ¡Qué lindo! No he querido quitarle la ilusión hablándole de muertos. A mi vez descubrí que la curiosa cruz de cinco cruces que mi tío lucía en la solapa es la de los Caballeros del Santo Sepulcro. Ahora entiendo lo de la «orden».

Creí que de un momento a otro caería en una ausencia, pero curiosamente me sentí a salvo, creo que como nunca en mi vida. Sentada en un banco he entrado en una especie de meditación lúcida que me ha traído a la mente imágenes vividas que ahora podré transcribir en mis memorias.

Arnau ha ido paseando y ha descubierto la pintura de los deportistas. Ha llegado corriendo y hablando excitado entre susurros, me ha señalado:

—Mira, mami, los deportistas que me dijiste.

Rescatada de ese pozo de calma, he vuelto a mirarme en sus ojos negros y le he abrazado muy fuerte. Hemos visto la pintura, que esta sí que estaba igual que en mis recuerdos y hemos salido por el claustro. ¡Qué bonito es! Si me pierdo buscadme en un lugar como este.

NINA

Cuando recordamos nuestra propia historia, caemos aun sin querer en el relato que de ello ha hecho nuestro inconsciente y no sabemos si recordamos lo que pasó, lo que nos contaron que pasó, el recuerdo de lo que nos contaron o lo que queremos pensar que pasó, pero esta vez la imagen es tan real que la sensación es visionar una grabación hecha con mis propios ojos. Un regalo directo de la memoria o del cielo, desde una pequeña y hermosa iglesia de Barcelona.

No sé ponerle fecha. Creo que debía de ser el año que cumplí los diez años, porque llevo el vestido azul estrenado en el bautizo de mi hermano, una rebeca blanca de punto calado y unos zapatos blancos de charol con unos calcetines blancos tejidos a mano por mi abuela paterna. Después de la ceremonia en la iglesia, mi tío, con su natural e indiscutible autoridad me dice:

—Nina, tú conmigo. El resto podéis ir al claustro.

Vamos hacia una estancia de la iglesia, donde un señor mayor de pelo cano vestido con un traje negro está sentado en lo que me parece un trono. Hay una fila de niños de más o menos mi edad que nos acercamos por turno. A nuestra izquierda, conduciéndonos, un adulto con hábito y capa; en mi caso, el tío. No sé qué pasa, soy la única niña y soy menudita. Creo entrever que les pone una mano en la coronilla y los mira. Cuando llego al personaje sentado, siento su mano en mi cabeza y su mirada que es como un pozo oscuro, sin fondo, donde me pierdo durante un tiempo interminable para mí. De pronto sonrío, y su sonrisa me hiela por dentro, mientras me dice:

—¡Por fin, Gorrión! Al final resulta que eres una niña.

—Claro que soy una niña!

23 de noviembre

¡Mi hermano ha venido a cenar! Aprovechando que llegaba de Madrid por la tarde, me ha dado una sorpresa. Últimamente con su trabajo de alta responsabilidad en una compañía de seguros nos vemos muy poco y nos echamos mucho de menos. Enrique es un niño grande con una gran responsabilidad y capacidad de trabajo. Le adoro. Soy nueve años mayor que él y siempre fue como un hijito para mí. Con el paso de los años, es él curiosamente el que me hace de hermano mayor. Sé que me quiere mucho, aunque su hermana loquita nunca hace lo que debe.

Arnau estaba tan contento que se ha ido a dormir a las diez y media, o sería más justo decir que le hemos acostado fulminado a esa hora. Le ha explicado nuestro secreto del tesoro de la portería y ha conseguido la promesa de que vendrá el sábado por la mañana y miraremos de abrir la trampa. Son invencibles cuando se alían. Prepararemos linternas, alicates, destornilladores y... espero que encontremos algo que pueda ser tomado como tesoro, aunque sea un montón de viejas revistas.

NINA

A partir de ese día cambiaron muchas cosas. El tío convenció a mis padres y me llevaron a un psicólogo a algo así. La excusa era hacer un estudio de mis capacidades para enfocar mis posibles estudios futuros. Las sesiones las pagaba él y a todos les pareció muy bien. El primer día mi madre se sintió obligada a explicar al doctor mis ausencias y extraños miedos que tanto la preocupaban, no recuerdo que le diera demasiada importancia, pero sí que fijara mucho sus ojos en mí mientras mi madre explicaba mis desvaríos de fuego, explosiones y sangre. De entrada, iría una vez cada semana y pasado un tiempo las visitas se irían espaciando.

Las sesiones tenían dos partes. En la primera mi madre estaba presente, mientras sentada en un sillón y apoyada en la mesa de despacho del doctor, debía contestar dos o tres folios de preguntas que parecían exámenes de diferentes materias. Como me iba muy bien en la escuela, me lo tomaba como un ejercicio de clase y lo hacía con mi rapidez habitual.

En la segunda parte pasábamos a una sala donde ya no estaba mi madre, pero sí una enfermera. Me tumbaba en un sillón muy largo, el médico me hablaba con voz monótona que me hacía dormir. Al menos eso pensaba

yo, porque cuando despertaba me daban un chupachups y me decían que lo había hecho muy bien. Yo no sabía qué era lo que había hecho más allá de soñar, aunque a veces me quedaba una sensación cosquilleante de inquietud que me duraba unas horas.

26 de noviembre

He vuelto a la iglesia. ¡La sensación que sentí el domingo fue tan intensamente relajante! Pero sobre todo me ha llevado la curiosidad, el intento de volver a ver escenas de mi vida. Me he sentado en el banco, me he acercado a las imágenes, les he encendido una vela... Hasta he besado los pies del Cristo temiendo y queriendo a la vez provocar una de mis ausencias... Pero ha sido en vano. Hoy parecería que no tocaba.

De vuelta a casa paseando, disfrutando del aire fresco, he subido por Rambla Catalunya buscando el sol. He cruzado a la otra acera de Gran Vía, para llegar al jardín de la Universidad. Justo después del cine Coliseum y antes de llegar al chaflán con Balmes me he desvanecido. Al despertar, tenía unas cuantas personas a mi alrededor. Una señora me hacía aire con una revista, una chica me tomaba el pulso... El embarazo me evita tener que justificar nada, las preñadas nos mareamos.

Después de convencerlas de que estaba bien y de que vivía allí al lado, me han acompañado hasta la portería, donde las he despedido agradeciendo su amabilidad. He subido el primer tramo para salir de su campo de visión y me he sentado en los escalones, necesitaba calmar mi corazón y mi alma.

Ahora sé que el lugar de la explosión de mis visiones infantiles es ahí. Lo he visto muy claro, el cine, el edificio de la Universidad al fondo, el reloj, la calle por la que pasaba el tranvía, las sirenas, el zumbido persistente de las bombas, la explosión, la sangre...

Sofía llegaba en esos momentos. Al verme sentada se ha preocupado, le he dicho que me había parecido sentir una contracción.

Me ha reñido con cariño, me ha acompañado a casa y me ha dicho que mañana por la mañana subirá a verme. Qué suerte tengo y qué bien disimulo.

27 de noviembre

Sofía ha subido. Nos hemos pasado la mañana hablando. Superinteresante. ¡Me ha aclarado tantas cosas! Como sin querer, le he preguntado si había caído alguna bomba por allí cerca. Sí. El 17 de marzo de 1938, la aviación italiana bombardeó el centro de Barcelona y al parecer los hados quisieron que una bomba cayera sobre un camión cargado de explosivos que pasaba en aquellos momentos por Gran Vía-Balmes. La explosión fue tremenda, durante un tiempo se pensó que habían utilizado un nuevo tipo de bomba mortíferamente potente. Destrozó entre otros el edificio de la esquina con Balmes y parte de la fachada del nuestro, quedando afectados el tercero y el cuarto primera. El edificio contiguo a mano izquierda sufrió tantos desperfectos que lo acabaron derribando. Sofía, que era una jovencita, trabajaba en una tienda de ropa de paseo de Gracia. Con la guerra se habían centrado en la costura y venta de uniformes y complementos para militares de rango y hacía escasos minutos que había llegado para comer. En aquel tiempo vivían en el tercero primera. Al parecer la abuela de la familia que vivía en nuestro piso, y que tenía desde hacía poco una farmacia en la Ronda, se había quedado sorda por la explosión y tan alterada que la tuvieron que llevar al pueblo de la Segarra del que procedían. Las hijas de la portera de al lado, que habían salido a coger agua de la fuente, murieron. Qué escalofrío. La niña del peluche... Yo, o quienquiera que sea el hombre de mis visiones, morí allí a su lado.

NINA

Según iban pasando las visitas, mis ausencias empezaron a aumentar de frecuencia otra vez y mi padre, asustado, decidió que se acabó, que no me llevarían más al dichoso loquero que me iba a volver loca.

Mi tío no estaba en Barcelona entonces y habló por teléfono con el psiquiatra. Quedaron en que se harían tres sesiones más para acabar el trabajo psicológico con los test de personalidad y lo dejaríamos estar. Me prescribieron unas pastillitas amarillas para dormir. Lejos de acabar con mis fantasmas, la química solo conseguía paralizar mi cuerpo mientras las pesadillas se volvían cada vez más reales. Me negaban así la posibilidad de acabar con ellas con un despertar de espanto y me castigaban a sentirme atrapada

durante unos minutos en un cuerpo que no respondía. Hay que reconocer que las ausencias durante el día desaparecieron.

El resultado de las baterías de preguntas fue que era inteligente, más de 140 de CI, cosa que nadie dudaba y que tenía una imaginación muy fértil, cosa que tampoco. Aconsejaron cambiarme de colegio y su opción era el Colegio Alemán, porque así tendría más posibilidades de futuro. Desde Badalona era impensable llegar a clase cada día, así que esta decisión nos cambió la vida a todos. El tío nos consiguió un piso del ministerio en la calle Zaragoza y allí nos fuimos a primeros de septiembre. Nos cambiábamos a un «buen barrio», pero perdía a mis amigos y mi libertad... Ya no jugaría en la calle nunca más.

28 de noviembre

Mi hermano Enrique ha llegado sobre las diez de la mañana para nuestra incursión aventurera en la portería. Arnau se despertó a las siete porque estaba emocionadísimo. Con todo preparado hemos bajado como los *Goonies* a la cueva del tesoro. Enrique ha rascado los laterales y haciendo palanca en el agujero ha levantado la trampilla sin demasiado esfuerzo.

Hay una escalera para bajar. Mis dos arqueólogos no han dudado ni un momento en meterse por el hueco linterna en mano. Después de comprobar que no es peligroso los he acompañado. Es una habitación de unos 3 m². El techo es bastante bajo, calculo que un metro noventa más o menos. Hay una bombilla con cadenita para encenderla en el centro, pero al tirar de ella ha explotado. Al fondo hay una cama sencilla con una manta de lana marrón con dos líneas blancas, una mesita de noche y una alfombrilla con la que tropecé, cayendo por suerte sobre la cama; al ir a ponerla bien, vi en el suelo una pequeña trampilla y al abrirla un compartimento donde había una libreta que cogí. A mano derecha una silla con brazos y un escritorio de los que se abren como una persiana y tienen cajones a los lados sobre el que hay una lámpara tipo Banker que está rota. Por supuesto, lo hemos abierto y hemos encontrado un juego de escribanía de cuero repujado, papel fino de cartas, un estuche como de plata con tres tarritos de tinta seca y una pluma sencilla y una pluma de color verde oscuro muy bonita. Ya tenemos tesoro. En uno de los cajones, papeles llenos de símbolos y

números que hemos cogido. Con la luz de las dos linternas tampoco podemos ver mucho más, he sacado la bombilla del casquillo para poder reponerla otro día. Ya con nuestros tesoros, hemos vuelto a casa.

NINA

El cambio de vida fue caótico los primeros meses. Nos sentíamos fuera de lugar... Mi madre no conocía a nadie y se sentía que había pasado de ser la más del barrio a ser la pobre. Mi padre tenía que ir cada día a Badalona, así que nos compramos a plazos un flamante 4 latas. Además, mi hermano era aún un bebé y como tal requería cuidados y yo... tenía que aprender un idioma endiablado lo antes posible para el día que empezara en mi nuevo colegio.

Me buscaron un profesor que durante quince días vino a diario dos horas para que tuviera una inmersión rápida en el idioma alemán. Cuando empezaron las clases en el cole venía tres veces en semana y me ayudaba con los deberes. Esta fase duró hasta Navidad.

Esta nueva lengua tenía una manía especial por juntar conceptos en palabras compuestas y esto hacía que para entenderla en mi cabeza pasaran unos segundos de análisis que enlentecían mis respuestas y acababan con mi rapidez habitual. Por primera vez sentí lo que era no ser la lista, pero esto solo me hizo buscar con ahínco el serlo. Cada mañana elegía diez palabras nuevas al azar que repetía como un mantra en el desayuno, jugaba a incorporarlas en frases sencillas durante el recreo y metía clasificadas en los cajones de mi memoria mientras dormía.

Por suerte la segunda lengua extranjera, que era el inglés, se comenzaba a estudiar en el curso en que yo me incorporé, 5^º de EGB, así que en esta estaba a la par que la mayor parte de mis compañeras. El resto de asignaturas no me era ningún problema. Eso sí, yo conocía muchos juegos de calle que ellas desconocían, y así fue como fui aceptada, como la portadora de la moda del churro, mediamanga, mangotero al colegio de las monjas alemanas.

30 de noviembre

Esta mañana llovía ligeramente, pero aun así hemos salido. Tomar el aire y pasear empieza a serme muy necesario. Sin saber cómo, o sí, hemos llegado otra vez a la iglesia, aunque esta vez por la calle Santa Anna.

En la floristería de la entrada hemos comprado un pomo de fresias amarillas. Es una flor poco frecuente, creo que proviene de África. Tiene un perfume especial, ligeramente dulce y fresco, que me encanta.

Hemos pasado al templo y he encendido una vela por el alma de las niñas de la fuente. Invocando una paz interior perdida. En uno de los bancos había un señor mayor que parecía rezar ensimismado, al oírnos nos ha mirado y ha sonreído, creo.

Hemos vuelto a casa justo antes de que empezara a llover fuerte. Después de comer hemos sacado nuestros tesoros y empezado a chafardearlos.

Arnau está encantado con las plumas. Le he prometido que compararé tinta para que pueda usarlas. Parecen buenas, al final tendremos un tesoro auténtico. Mañana me pasaré por la Hormiga de oro y preguntaré.

He llamado a mi madre para saber cómo limpiar las piezas de cuero. Me ha dicho que con un paño húmedo con agua y jabón neutro, y sin aclarar. Para que no quede tan rígido y seco, una mezcla de vinagre blanco y aceite de linaza. Arnau ha comenzado a limpiarlo con mucho interés. Los ingredientes extraños que evidentemente no tengo mi madre ha prometido que los traerán el martes cuando vengan a «ayudarme», o sea, a poner mi casa en orden mientras me obliga a reposar, ja, ja.

He comenzado a ojear las libretas grandes y los papeles sueltos. Están en alemán. Las libretas parecen de contabilidad con listados de entradas y salidas de algún tipo de material que se llama con una letra en mayúscula, un guion y una serie de dos o tres números. Los papeles sueltos son cartas, supongo que comerciales... Si nuestra cueva secreta era una zona de trabajo, o era muy secreta o era de castigo...

La libreta que encontré en la trampilla es algo parecido a un diario donde, por lo que parece con un simple vistazo, su dueño anotaba sus pensamientos o recuerdos. Mientras la ojeaba, ha caído una foto que estaba entre sus páginas. Es un retrato en blanco y negro de unos 7 x 5 cm algo maltrecha, supongo que la llevaron en una cartera porque está abombada y tiene los bordes superiores pelados por el roce. Es un retrato de cuerpo entero de una chica rubia muy

joven, vestida de blanco. Casi podría decir que la conozco, aunque es evidente que no, si vive será tan mayor como para no reconocerla. Tiene una dedicatoria en la parte de atrás que no llego a leer bien. Arnau me ha traído su lupa de mirar insectos y he podido leer.

Für meine Liebe, mein Spatz
Lena

*(Para mi amor, mi Gorrión
Lena)*
¡SPATZ! ¿En serio?

NINA

Cuando ya en la carrera leí a Chomsky y su teoría de la gramática universal, pude entender que lo que en un principio me parecía imposible, como era entender y poder hablar otra lengua tan diferente de la mía en tan poco tiempo de adaptación, acabara siendo tan sencillo y cómo ello a su vez cambiaría la forma de funcionar de mi cerebro.

Me aclimaté a mi nuevo colegio, en un extraño edificio del que me quedó el gusto por lo romántico medieval, los laberintos y las grutas. Agradezco la formación recibida. Se utilizaban algunas técnicas muy novedosas tipo Montessori que entonces no supe valorar. Repasando en la distancia, veo cuánto me disciplinó y a la vez cómo me abrió la mente a diferentes realidades. Aun así, los tres años que estudié allí fueron un paréntesis no demasiado integrado en mi vida, gris en mi memoria como el pichi del uniforme. Al incorporarme tan tarde, los grupos de afinidad ya estaban hechos y yo era la niña nueva que no encajaba demasiado, lenta al principio y repugnantemente lista después.

Apenas recuerdo a mis compañeras, no he mantenido contacto con ellas ni he sentido necesidad de hacerlo. Voy entendiendo que todo era una anomalía que tenía un fin, desconocido durante muchos años para mí.

Cuando apenas llevaba dos semanas de clase apareció, sorpresivamente, el doctor.